

VENECIA

Es la ciudad secreta que creemos llevar dentro y de la que alguien ha construido una maqueta en medio de la laguna adriática. Náufraga ciudad de naufragios.

EL NAUFRAGIO INTERIOR

TEXTO: RAFAEL CHIRRES
FOTOS: JOSÉ MARÍA CASTILLO



A pesar del arrasador oleaje de los turistas, uno puede seguir emocionándose por el latido de la ciudad entre tanta piedra gloriosa, muerta, inútil y bella.

BAJO LOS DESCONCHADOS Y LAS FACHADAS DE MÁRMOL, VENECIA VIVE UNA VIDA PROVINCIANA.

El nombre escuchaba apoyado en la barandilla del puente de Rialto lo que la mujer le iba leyendo en la guía. En un momento dado, y quizás para demostrar que estaba atento a su lectura, señaló con el dedo uno de los palacios, el que ella acababa de nombrar. El gesto ayudó a descubrirle al viajero que se trataba de uno de esos matrimonios que se han pasado la vida juntos, que se quisieron al principio, luego se soportaron, y ahora, por alguna razón, o sólo por culpa del tiempo, han vuelto a quererse.

El viajero se preguntó por qué había dado en pensar eso, pero era algo que ya había creído advertir en la forma en que ella le leía que Venecia —según el Baedeker de 1929— tiene trescientos setenta y ocho puentes. «Ciento diecisiete islas unidas por trescientos setenta y ocho puentes», había dicho, al tiempo que levantaba la vista y miraba con melancolía la superficie temblorosa del Gran Canal, «la más hermosa calle del mundo entero», como la definió Philippe de Commines, y luego, durante quinientos años, han repetido —de uno u otro modo— millones de viajeros y turistas.

Después, la mujer leyó en la guía que los cimientos de la iglesia de la Salute están formados por un millón de troncos que se unen para soportar una de las más bellas tartas del mundo. La Salute es blanca, mármol, tal y como pedía el Palladio que fueran las iglesias, porque el blanco es el color de la pureza. A pocos metros de San Marco y la Salute, él había cumplido esa deseable norma en la iglesia de San Giorgio Maggiore, con su juego de fachadas superpuestas que se estudia en los tratados de arquitectura.

Cuando la mujer pronunció la palabra «pureza» —la dijo en francés—, el viajero creyó darse cuenta de que parecía que al hombre no le importaba nada la ciudad y que para él sólo contaba el sonido de la voz de ella mientras leía, la entonación, el cariño. Formaban una de esas parejas tan frecuentes que durante años han discutido porque él no es delicado y ella tiene sensibilidad, y si hubiese tenido ocasión y medios, hubiera llevado otra vida;

esas parejas en las que él —grueso, con las manos de obrero jubilado— siempre parece moverse incómodo dentro de la ropa que viste, porque la ropa la elige ella, y la elige para otro: para sus sueños.

Hacia frío y estaba nublado, la ciudad se encogía bajo el cielo gris, perdía cualquier atisbo de altivez. Se ponía al alcance de las parejas de jubilados que la recorrían en silencio o leyendo cifras y frases de escritores famosos en las guías de viajes con la avidez con que disfruta de la ventanilla del tren quien ha adquirido un billete de cercanías. Dickens, James, Ruskin, Proust, Capote, Mann, Azúa (este último, y *malgré lui*, se cayó de los labios de un matrimonio catalán). Los nombres silaban entre los dientes de los turistas —nombres de escritores que sin duda no habían leído— y

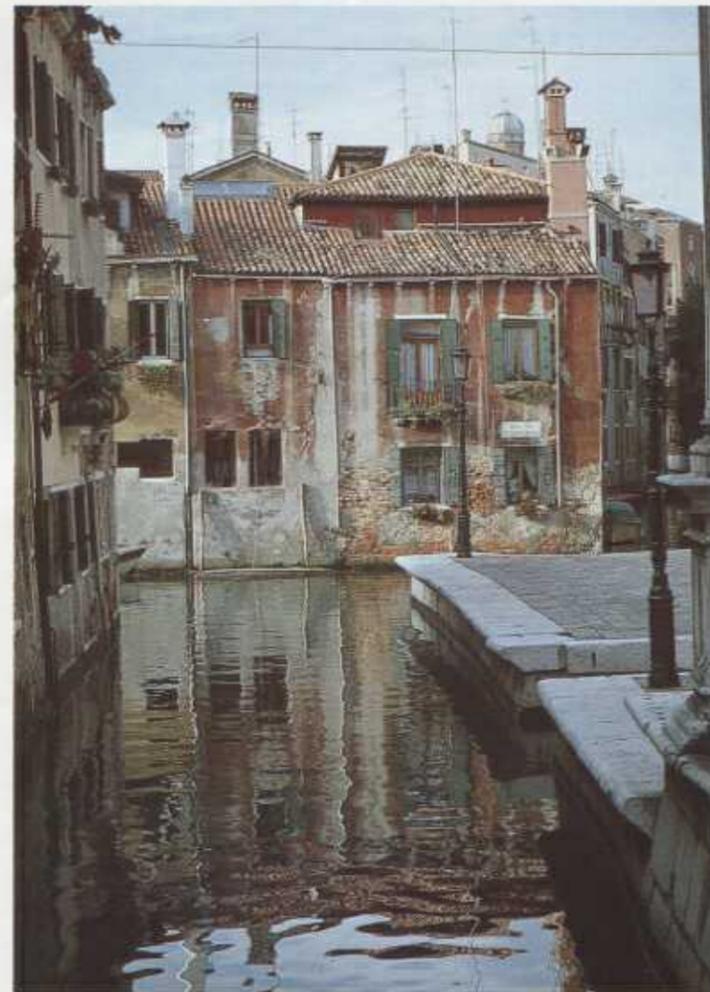
se perdían por los callejones de la ciudad y rizaban un instante su asfalto de agua antes de desvanecerse y volver a nacer en otros labios, en otras guías.

Dickens no podía retener las lágrimas cuando la miraba. A Capote le parecía indigesta como comerse de una sentada una caja entera de

bombones. Longfellow la vio como el cisne blanco de todas las ciudades. Para Proust era como el recuerdo de un sueño. Mann la hizo expresión de la muerte misma. Dickens dijo, Capote dijo, Mann dijo.

Eran nombres que quizá llevaban meses dando vueltas en las cabezas de los turistas que ni siquiera los

Bajo los desconchados y las fachadas de mármol, Venecia vive una vida provinciana, que pocos turistas se atreven a disfrutar porque es algo demasiado cercano a sus vidas cotidianas.



habían leído. En algunos casos, desde muchos años antes: desde que empezaron a cocer el deseo de conocer Venecia porque alguien les había dicho que esa era la medida de la belleza que hasta entonces se les había negado. Parodiando el título de la última novela de Pombo, su metro de platino iridiado.

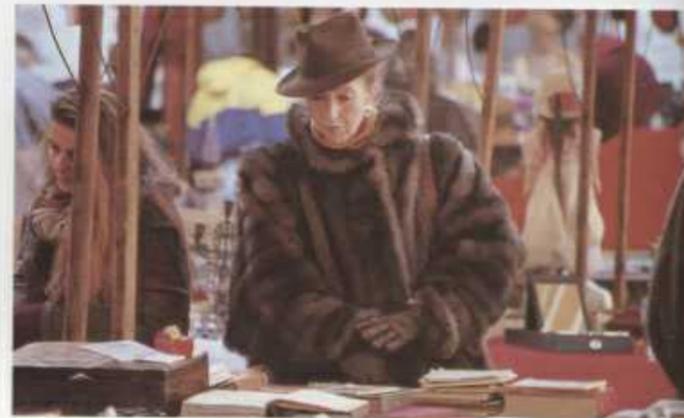
Quizá por eso al viajero lo había llenado de melancolía esa palabra —pureza— que la mujer del puente de Rialto pronunció en francés: la pureza blanca que pedía Palladio para las fachadas de las iglesias y que es el deseo de una vida mejor. Por ejemplo, un caballero de patillas canosas y vestido de esmoquin baila el vals con una mujer escotada que se mantiene milagrosamente sobre afilados tacones de cristal. Un piano en el salón, un collar de perlas, sillitas decó, una american express oro (si es que eso existe), una pasión que arde sin consumirse, un beso que abrasa los labios y que se repite intermitentemente, quemando con la misma intensidad cada vez. O sea, una película de Lubitch: Venecia.

Nadie va a Venecia por casualidad. Cuando uno llega al Piazzale Roma y deja su coche en el aparcamiento colectivo y salta al *vaporetto*, o comete la estúpida locura de alquilar una góndola y busca desde el agua hacia dónde quedará su hotel y se pregunta si tendrá vistas al

canal, y luego se distrae con las gaviotas, o señala la fachada de otro palacio gótico, sabe lo que está haciendo. Lleva meses —quizá años— desatascando los poros por los que va a inundarlo la belleza y sabe que, durante todo el tiempo que permanezca en la ciudad de la piedra como ganchillo y el agua, ése ha

BYRON Y SHELLEY SE EXCITARON ANTE EL FRÁGIL EQUILIBRIO DE UNA CIUDAD CUYO NOMBRE ESTÁ ESCRITO SOBRE EL AGUA.

«Qué sola y triste está Venecia sin tu amor» (Aznavour). «Isa inaudita» (Mendoza). «Vamos a pasar nuestra luna de miel en Venecia» (alguien). «Y así, cualquier paseo, aunque no sea más que para hacer visitas o ir de compras, es tres veces más interesante y resulta único en esta Venecia» (Proust).



Los leones venecianos están plantados en cada tienda, en cada cofre llegado del Oriente cargado de perlas, joyas, sedas y especias.



de ser su único empeño: dejarse inundar por la belleza y exclamar a cada instante, en cualquier rincón, ante cualquier pared desconchada, o en la misteriosa hora del crepúsculo, «qué bonito!». Es una expresión que tiene su equivalente en todos los idiomas que el hombre ha inventado. Venecia. Venecia.

Uno va a Venecia a encontrarse con lo que lleva dentro. Y asusta un poco pensar que se va allí con la intención de abofetear a quien te acompaña, con una bofetada que es más fuerte cuanto más haya durado la compañía, porque, en esta ciudad de platino iridiado, cuando alguien señala con el índice los ca-

IR DE COMPRAS

Venecia deja poco lugar para las sorpresas: recorrida por millones de turistas y bien expurgada por los viajeros desde hace siglos, es una ciudad cara y peor surtida que Roma o Milán.

Hay magníficos artesanos y restauradores, sobre todo en los barrios de San Tomà y San Barnaba. Es conveniente comprar en esos talleres. Hay un buen surtido en Veneziaartigiana 412, San Marco y, en septiembre, se celebra una exposición de artesanía. En el campo de San Maurizio se celebra un mercado de antigüedades. Y hay numerosas tiendas de antigüedades en los alrededores de Santa Maria del Giglio.

Hay subastas en Franco Semenzato y libros antiguos en Manilio Penso y Studio Bibliografico La Fenice. No faltan tampoco las librerías de arte, entre las que des-

tacan Bartoni, libros de arte y arquitectura, también de segunda mano; Filippi, que imprime facsimiles de la ciudad de Venecia; Fantoni, especializada en arte y arquitectura en todos los idiomas, y Goldoni, que tiene un buen fondo de guías, mapas y libros sobre Venecia.

El vidrio de Murano es algo más que toda esa cantidad de morralla espeluznante que uno se encuentra en los escaparates de la ciudad. Hay un museo en Murano, donde pueden verse ejemplares de otro estilo y calidad. Con ese criterio, es conveniente comprar el vidrio en la propia isla de Murano, aunque en Venecia también hay algunas empresas que manufacturan el vidrio. Las piezas buenas exigen un trabajo y una profesionalidad enormes, por lo que son caras. Las tres

manufacturas que hay en Venecia son Cenedese, Salviati y Pauli. Barovier e Toso y Nason e Moretti están entre los más prestigiosos y caros manufactureros de Murano.

En Venecia se venden modelos de los grandes modistos italianos —Armani, Fendi...—, pero no es un centro de moda. Hay buenas boutiques para señora —La Coupole, Elisabetta alla Fenice— y caballero —Duce d'Aosta—. Buena parte de los mejores zapatos italianos se fabrican en el Veneto. Y durante siglos fueron famosos los joyeros de la Señoría: Codognato y Missiaglia continúan la vieja tradición. Es conveniente visitar la escuela de encajes de Burano y ver, en Fortuny, las telas que siguen fabricándose con los viejos dibujos del pintor catalán. **R. Ch.**

ballos de San Marco, o la gris azucena de la Piazza —¡qué hermoso el gris de la piedra nadando en el gris del invierno!—, hay que leer su gesto al revés. Señala hacia el paisaje que se lleva dentro y que los demás no han sabido descubrir. En Venecia, cada gesto es una acusación y por eso no conviene visitarla solo, porque nadie es capaz de quedarse tres días ante un espejo de platino e iridio.

Venecia es la ciudad secreta que creemos llevar dentro y de la que alguien ha construido una maqueta en medio de la laguna adriática. Y cuando uno dice, «qué bonito!», o pronuncia la palabra *pureza* en francés, es que abre las ventanas de sí mismo, y cuando sufre un escalofrío porque las *aque alte* corren sobre los mosaicos de San Marco y baten las viejas puertas de los palacios, hay que entender que se estremece por un naufragio que lleva dentro.

Naufraga ciudad de naufragios. Venecia contemplaba a finales de noviembre el vaivén de los pecios



En Venecia conviene pasear, recorrer el laberinto de sus calles, perderse en ellas y volver a emprender el camino una y otra vez. Sólo así se podría descubrir sus secretos.

A TRAVÉS DE SU LARGA HISTORIA HA IDO ACUMULANDO RIQUEZAS DE TODAS LAS ÉPOCAS.

de la industria europea: los jubilosos de las refineras de Rotterdam, de las tabernas de Munich, de las factorías de automóviles de París, o del textil de Barcelona. Cabeceaban a la deriva por los muelles desiertos de Venecia a merced de las aguas altas. Recorrían las venas de sus sentimientos ocultos, siguiendo el trazado de los canales, y, ya al final del trayecto, cuando parecía insalvable el último golpe contra los escollos de la vida («se estrelló la barca del amor contra la vida cotidiana»), encontraban destellos de sí mismos en los cuadros de Tiziano, de Veronés, de Tintoretto, en el tembloroso brillo de la luna sobre el agua.

A ratos llovía, y la ciudad y aquellas vidas se hacían aún más deliriosas y acuáticas. Si uno se levantaba temprano, en esos días de escaso turismo, podía ver la Piazza de San Marco vacía —uno solo, los dos solos, con la piedra y el agua alta— y podía recorrer de noche las callejas húmedas y abandonadas, hasta que el silencio, sólo roto por el agua que golpeaba los muelles, lo inundaba —los inun-



daban a los dos— con un sentimiento que limitaba con el miedo. Como si, en esos meses de temporada baja, el lobo de la belleza enseñara sus orejas y uno se encontrara otra vez a punto de regresar a las mañanas de resaca en Munich, junto a la parada de autobús, o a la tristeza de un andén de metro en el invierno de París.

Qué difícil aceptar que la belleza, toda belleza, incluida la de esta ciudad (y también la de dentro), limita con el naufragio y, al volverse, enseña su dorso oscuro, que no se sabe si atrae más que incomoda. Es algo que no cuentan las guías de viajes, una apuesta que, al principio o al final, en la luna de miel

puesto a aceptar ese lado oscuro, en el que hay un puente que se llama «de los suspiros» cuando debería llamarse «de los aullidos», porque era el que recorrían, rumbo a las tenebrosas cárceles, quienes habían sido condenados. En este fin de milenio de larga paz americana, los pecios en luna de miel y los

Conviene ver el conjunto urbano desde el agua: circular en el vaporetto, recorrer las fachadas de los grandes palacios, las portadas de las iglesias, la memoria y el deseo.



o en las bodas de oro, nadie está dispuesto a aceptar, porque, si se acepta, para qué emprender o conmemorar nada.

No sé cuál será el porcentaje que, entre los millones de turistas que Venecia recibe cada año, está dis-

que ya han recorrido todas las lunas posibles —también la de hiel— sueñan con la belleza estúpida de Disneylandia, la de cartón piedra que no oculta otra sombra que la del taquillero que corta los billetes de color rosa. Por eso, se niegan a

QUÉ VISITAR

Antes de decir qué es lo más interesante de Venecia (tarea difícil) habría que recomendar cuándo ir a Venecia. Y la recomendación sería la de elegir los meses de invierno —fuera de Navidad y el Carnaval—, cuando la ciudad aparece casi desierta y uno puede disfrutar a sus anchas de ella. Es cierto que en esas fechas son frecuentes los fríos y las nieblas, pero no le sienta mal a la ciudad ese color gris, ni tampoco la desolación de las *acqua alte* inundándolo todo.

En Venecia conviene pasear, recorrer el laberinto de sus calles, perderse en ellas y volver a emprender el camino una y otra vez. También hay que ver el conjunto de la ciudad desde el agua: circular en el *vaporetto* a lo largo del Gran Canal, a ser posible provisto de una guía que ayude a identificar los palacios de sus orillas. Recorrer, también en barco, el de la Giudecca, y acercarse a sus torres y cúpulas desde el Lido.

En los paseos, además de efectuar los más turísticos y evidentes, conviene romper el triángulo obligatorio —San Marcos, el puente de Rialto y la Academia—, para escaparse hacia la fachada

urbana de los Fondamenta nuove, el Arsenal, el Ghetto y Cannaregio, así como detenerse en la Giudecca y en San Giorgio Maggiore: la vista de la Piazzeta y de San Marcos desde San Giorgio Maggiore es una de las más bellas.

La Piazza de San Marco, con la espléndida torre, desde la que se contempla un impresionante panorama, puede ser un buen principio para la visita artística. En la Piazzeta, la Biblioteca Marciana de Sansovino. La basílica de San Marco es, sin duda, el monumento más complejo de la ciudad, con sus mosaicos exteriores e interiores, sus soberbios caballos (recientemente en restauración) y su larga historia, que ha ido acumulando riquezas de todas las épocas. Además de los mosaicos dorados del techo y de los que componen el pavimento, hay que visitar las diferentes capillas, así como el tesoro, en el que destaca un sorprendente retablo de oro (la Pala d'Oro), hecho en Constantinopla durante el siglo X.

En la *Accademia* se puede contemplar la colección de pintura veneciana más importante del mundo: cuadros de Giorgione, Carpaccio, Tiziano, Be-

llini, Veronés y Tintoretto, entre otros, forman el rico y completo fondo de este museo, sin duda el más rico de toda Venecia.

Ca'Rezzonico es el museo del siglo XVIII veneciano: muebles, objetos decorativos, pinturas y murales forman su colección.

En la propia Piazza de San Marco se encuentra el Museo Correr, o museo municipal de Venecia, está dedicado al Renacimiento y cuenta con una buena colección de pintura veneciana.

Palacio Ducal, con sus salas nobles y la célebre *scala d'oro* proyectada por Sansovino.

El Museo Fortuny guarda recuerdos de nuestro polifacético paisano y alberga exposiciones temporales de fotografía.

En Santa María Gloriosa dei Frari se guarda, entre otros muchos objetos artísticos, la espléndida *Asunción* de Tiziano, y la estupenda *Virgen con el niño* de Bellini. También soberbios Tiziano en los Gesuiti (Santa María del Rosario). Los frescos del techo son de Tiepolo.

Picasso, Duchamp, Chirico, Magritte o Max Ernst pueden ser admirados

en la Colección Peggy Guggenheim, instalada en el Palazzo Venier dei Leoni. En el jardín, estatuas de Arp, Moore y Giacometti.

San Giorgio Maggiore es una de las obras más bellas y perfectas del Palladio. Su fachada aparece como modelo en todos los tratados de arquitectura y en su espléndido interior hay obras de Tintoretto y Veronés.

El Campo Santi Giovanni e Paolo, con la iglesia de San Giovanni e San Paolo, la Scuola Grande de San Marco y el monumento al condottiero Colleoni es uno de los espacios más soberbios de la ciudad y del mundo. Conviene visitar el interior de ambos edificios.

La Scuola Grande de San Rocco, antigua fundación benéfica del siglo XV, presenta uno de los ciclos pictóricos más importantes de la pintura italiana, con su decoración ejecutada por Tintoretto entre 1564 y 1587.

La lista de monumentos resultaría interminable. Además conviene recordar la conveniencia de pasear por algunas de las islas de la laguna, como la de Torcello, con su vieja y hermosa catedral.

R. Ch.

VENECIA ES EL DESEO, LA BELLEZA VISLUMBRADA YA ANTES DE CONOCERLA. LA MEDIDA DEL ARTE.



a través del mar y con las que, luego, los venecianos habían empezado a fabricar siguiendo lejanas recetas. Venecia era una repugnante ascua de oro y soberbia. Y los abuelos de los jubilados y novios de Europa, que hoy buscan en la ciudad una estúpida belleza blanca —como pedía Palladio— que los conduzca a sí mismos, fueron los remeros, esclavos y descargadores de esos signos de lujo y soberbia de la Señoría. Deberían sonreír cuando la ven hundirse lentamente, tan igual a ellos mismos, cuando la ven convertida en una modesta ciudad de provincias por la que el único oro que circula es el de los *travellers* y cartas de crédito que ellos mismos dejan.

Hay proyectos —unos ecológicos, otros de alta tecnología— para salvar a esta Venecia que se hunde. A buenas horas. También creo que —por seguir refiriéndonos a un héroe de nuestro siglo— han hibernado a Walt Disney, por si un día resucita. Desde su origen, Venecia ha vivido al borde del naufragio, condenada a hundirse. Y hace ya cinco siglos que se ha hundido.

Otras aves de rapiña han ocupado el mar, el cielo y la tierra y Venecia ya sólo almacena, en una nueva estrategia de dominio, deseos ajenos. Seduce desde las guías de viajes y pide a gritos a la humanidad que la embalsamen con alguno de

LLEGAR Y DORMIR

Hay que tener en cuenta que en la acuática Venecia el automóvil está de más, y ese es uno de sus grandes encantos. Se deja en el aparcamiento de Piazzale Roma, que durante la temporada alta suele estar completo: en ese caso, hay que dirigirse a los aparcamientos de pago. Desde allí, se coge el vaporetto. También se coge el vaporetto desde la estación ferroviaria de Santa Lucia, y desde el aeropuerto Marco Polo. En este último caso, la llegada a la ciudad por agua ofrece una primera vista completa y fascinante. Iberia no ofrece vuelos directos a Venecia, pero se puede traspasar en Milán, o bien hacer la última parte del trayecto utilizando la autopista Milán-Venecia.

El Ufficio Comunale Turismo —oficina de información turística— está situado en San Marcos, 1394 (Palazzo Giustinian). Teléfono: 520 99 55.

HOTELES

Los grandes hoteles del centro de la ciudad (cinco estrellas) son: *Gritti Palace*. Campo S. Maria del Giglio, 2467. Teléf.: 79 46 11. Se asoma al Gran Canal. Es quizás el hotel más caro y lujoso de Venecia y, sin duda, el más célebre.

Danieli Royal Excelsior. Riva degli Schiavoni, 4196. Teléfono: 522 64 80. El otro grande de Venecia, que data de principios del siglo pasado.

Europa e Regina. San Moisé, 2159. Teléf.: 520 04 77.

Bauer Grünwald. Campo S. Moisé, 1459. Teléf.: 520 70 22.

Fuera del centro, en la Giudecca, también tiene cinco estrellas *Cipriani*, Giudecca, 10. Teléfono: 520 77 44, al que todas las guías consideran excepcional por su servicio y su situación privilegiada y tranquila.

De cuatro estrellas, son muy conocidos: *Londra*. Teléf.: 520 05 33. *Luna Buglioni*. Teléf.: 528 98 40. *Park Hotel*. Teléf.: 528 53 94. *Carlton Executive*. Teléf.: 71 84 88 (junto a la estación de ferrocarril). *Monaco e Grand Canal*. Teléfono: 520 02 11 (situado frente al Harry's bar). *Gabriele Sandwirth*. Teléf.: 523 15 80 (muy bien situado en la Riva degli Schiavoni). *Cavalletto e Doge Orseolo*. Teléf.: 520 09 55. *Saturnia International*. Teléfono: 520 83 77 (en un antiguo palacio).

Abundan en Venecia los hoteles modestos y agradables, sobre todo fuera de temporada cuando la ciudad se queda discretamente desierta y el turista es bien recibido en todas partes.

La ciudad anegada por el crepúsculo brillaba esplendorosa y era perfecta. La luz del atardecer la inundaba de sangre dorada.

esos fabulosos proyectos que la dejarían para siempre —en la medida en que el para siempre es humano— a salvo de su propia esencia: de estar —lo está desde su origen— al borde del naufragio.

Ahora, bajo los desconchados y las fachadas de mármol, Venecia vive una vida provinciana, que pocos turistas se atreven a disfrutar, porque es algo que queda demasiado cerca de sus propias vidas y no permite más redención interior que la del *carpe diem* del gozo cotidiano. Napoleón le dio, hace casi dos siglos, la puntilla. Cuando los venecianos temían alguna invasión, quitaban los troncos que puntean la laguna y que sirven para indicar los caminos del agua. Sin esa ayuda, las escudras que intentaban asaltar la ciudad, se sabían condenadas a encallar en el barro. Sin embargo, en 1797, los venecianos no quitaron los *bricole* (troncos), y Napoleón tomó la ciudad y se llevó los cuatro espléndidos caballos de metal que a su vez los venecianos se habían llevado del hipódromo de Constantinopla. En esa ocasión nadie movió un dedo para quitar los troncos y dificultar la conquista. Se habló de traición; probablemente fuese sólo desgana. Venecia no se defendió porque ya no tenía nada que defender.

Quedaba una muerte gozosa de banquetes, música de Vivaldi, sesiones de ópera, risas de Goldoni y viajeros melancólicos que cantaban su luna, sus cúpulas, su carácter «contra natura», como lo definió Chateaubriand, molesto en una ciudad en la que «para dar cualquier paso tienes que coger un barco». Byron y Shelley se excitaban ante



tan frágil equilibrio. Y los escritores franceses que se reunían durante el primer tercio de ese siglo en el salón chino del Florián, jugaron a dejarse seducir por ella y la llamaron de todo: «confidente», «ciudad del amor», y sabe Dios cuántas cosas más. El frívolo Morand, al cabo, fue más sincero: dijo que el mejor destino para Venecia, el más hermoso, era precisamente el de hundirse.

Ahora, cuando la mano de obra del mundo entero la ha convertido en su Disneylandia del corazón y compra espantosas figuritas de Murano en las tiendas de chucherías y

se pone sombreros de gondolero, ya no resulta de buen gusto, en ciertos ambientes, volver a Venecia. Hace pocos meses ha aparecido en las librerías españolas un libro de Félix de Azúa sobre la Venecia de Casanova. Y, al leerlo, uno tiene la impresión de que está escrito con desgana, con ironía y una punta de rencor. No hay que olvidar que, también en España, en los años en que luchaban los escritores del resistencialismo franquista contra la pompa azul de la belleza, los representantes de esta segunda corriente tenían esa mórbida referencia de columnas truncadas, palacios en ruinas y cla-

vecines barrocos como pentagrama de su estética y aceptaron con gusto el apelativo de «venecianos» con que los definieron sus adversarios, o con el que quizás se definían ellos mismos. Por entonces Venecia aún no era un hipermercado de los sentimientos. Era una boutique de la vida interior.

Hoy, a Venecia, entre tanto Tiziano y Tintoretto, entre tanta fachada de mármol y tanto recuerdo de millonario hortera y de mecánico herido, le queda lo que nadie parece querer ir a buscar. El Aretino se emocionaba junto al puente de Rialto cuando veía llegar las barcas pro-

cedentes de las cercanas islas de la laguna, que, en frágil equilibrio, desaparecían bajo una montaña de melones. En Venecia, a pesar del arrasador oleaje de los turistas, uno puede seguir emocionándose por el latido de la vida entre tanta piedra gloriosa, muerta, inútil y bella. Aquí, más que en ninguna otra parte, uno tiene la tentación de asociar esa vida que se pone cada día en marcha con el musgo que recubre la piedra. No sé si —y quizá éstas sean premisas de un nuevo romanticismo, qué más da— son más hermosos los palacios que bordean el Gran Canal, o lo que se desarrolla en la



superficie de sus aguas cada día: la barca de los bomberos, la del que trae la botella del butano, la que lleva el mobiliario de unos recién casados, la que cruza a un grupo de señoras —de pie, muy cerca unas de otras, y se diría a punto de caerse—, que vienen envueltas en sus abrigos de pieles, cubiertas de bufandas y estrepitosos sombreros y cargadas de bolsas por las que se escapan las hojas rojas de la achicoria y los tallos verdes de las cebollas; la barca que trae las cajas del pescado, perseguida por un bando de ávidas gaviotas, la que nos lleva a nosotros mismos.

En 1930, Henri de Régnier contemplaba desde aquí mismo, desde este puente de Rialto, que tanto gustaba a la señora que decía la palabra pureza en francés y a su marido, el bullicioso mercado de l'Erberia, aún pleno de vida sesenta años después, en la fría mañana de noviembre de 1990 en que empezó este artículo. Decía Régnier: «Me gustaba ir de buena mañana, a la hora en que las enormes *peote* traen las hortalizas de tierra firme. Nada me parecía más hermoso que los montones de tomates, de pimientos, de berenjenas, de hinojos. La visión de los melones me llenaba de alegría...»

También esta reciente mañana de noviembre hervían las gaviotas junto a los puestos de pescado y cerca de San Rocco cruzó una mujer con un ramo de flores. En las ostes del Ghetto los carteles anunciaban *pasta e fagioli*. Y al pie de la señora que leía en francés gritaban los vendedores de verduras, se asomaban las carnes rojas y sensuales a los escaparates, y había montones de aves, quesos del tamaño de piedras de molino y complicadas piezas de charcutería. Venecia, como un musgo que crecía pegado a sus exangües piedras, lucía la belleza de su vida provinciana: las verduras de tierra firme, los chipirones, lenguados, anguilas y galeras de su moribunda laguna, el sonido del dialecto de compradores y vendedores, sus risas.

Venecia ya no controla las rutas del mar, pero le siguen llegando —ahora del pico de otros buitres— los jamones de Parma y San Daniele, los quesos de Calabria, los peces de Sicilia, las naranjas de Valencia,

los limones de Murcia, el bacalao de Islandia y las cerezas de Chile. En este fin de siglo ya no quedan rincones ni islas.

Luego, el viajero se perdió en las sombras, que así, «ir de sombras», es como llaman en Venecia a ir de vinos. Y, aunque el origen de que tomarse un vaso de vino sea «beber una sombra» no está claro, el resultado es una expresión espléndida. Hay quien dice que es porque tradicionalmente los vendedores callejeros de vino ponían las garrafas a refrescar a la sombra de la torre de San Marco. También, quizá, por ese temblor turbio, esa nube, que caracteriza a tantos blancos del Véneto o del Friuli. Las «sombras» siempre van acompañadas de alcahofas, pulpos, galeras, caracoles de mar, manitas..., y es conveniente tomar varias y cambiar de sitio.

Así lo hizo el viajero, quien, después de cuatro o cinco *ombre*, empezó a sentirse infectado de amor por ese musgo vivo que crece entre las piedras de Venecia. Notó cómo se le escapaba la vida interior por todos sus poros, hasta que se quedó vacío. Sólo lo acompañaba un sentimiento de pena, pero no por la fragilidad de las ciudades, sino por la de las vidas.

Después empezó a atardecer deprisa. Subió a la torre de San Marco —la madre de las «sombras»— y desde lo alto el cielo se veía rojo por encima de San Giorgio Maggiore, de la Dogana, de la Salute, y un poco más claro por encima del Ghetto y del cementerio. Las «sombras» le estaban mordiendo el corazón al viajero cuando la Giudecca empezó a arder con el sol a sus espaldas. Entonces, como ocurría desde la noria del Pratter en *El*

tercer hombre, las vidas —el musgo de la piedra— fueron sólo insignificantes puntos negros, mientras que la ciudad anegada por el crepúsculo brillaba esplendorosa y era perfecta, porque al mismo tiempo que ocupaba evidente todo el espacio que uno conseguía abarcar, dejaba ver que estaba llena de secretos.



Fue entonces allí, en lo alto de la torre, cuando volvió a escuchar el viajero la voz conocida que leía en francés. Retrocedió unos pasos para poder escuchar mejor aquella lectura y tuvo la certeza de que la mujer, que enumeraba islotes, torres y palacios, no podía saber a qué se estaba refiriendo, porque en realidad aquella guía no hablaba de nada que pudiera contemplarse a simple vista: hablaba de algo que sólo él, el viajero, conocía, porque lo llevaba dentro y nadie, nunca, se había molestado en descubrirlo.

El reloj de las Procuratie dio las cuatro de la tarde. Anochece. Y el viajero deseó que la mujer dejara de leer y que los dos —la mujer y el hombre torpe— se fijaran en que también él sufría. Para entonces, la fachada de San Giorgio Maggiore había perdido su blanca pureza palladiana, porque la luz del crepúsculo la inundaba de sangre.

LA COCINA VENECIANA

Si uno repasa el libro de Giuseppe Maffioli sobre la cocina veneciana, descubre lo que el sentido común convertía en prácticamente ineluctable: es decir, que esta ciudad cuenta con una doble tradición culinaria: la que nace de su situación en la laguna y de su hinterland y otra desmesurada, inabarcable, que se apoya en su carácter de república de navegantes y que ha incluido durante siglos los productos de todo el mundo conocido.

Algún texto antiguo propone la teoría de que como los venecianos, que contaban con un excelente almacén de peces en su laguna, carecían de vino y de grano, tuvieron que salir a buscarlo por el mundo. Y así explican en afán expansionista de la Serenísima.

Lo cierto es que, desde muy pronto, la sencilla cocina basada en la preparación del pescado se sofisticó incorporando todo el catálogo de especias que llegaban desde Oriente a las viejas recetas tradicionales,



a las que pronto hicieron compañía otras que los marineros venecianos aprendían en los puertos que frecuentaban. Durante años —y sobre todo, después de las Cruzadas— las cocinas de Venecia se llenaron con los perfumes del clavo, de la pimienta, del jengibre y de la canela. Y, en el fondo, el recién incorporado sabor del azúcar. Hasta que los cruzados vieron la caña de azúcar, Europa desconoció la existencia de ese fundamental saborizante. Y, cuando lo descubrió, ya Venecia se había convertido en la gran capital azucarera, en el imperio distribuidor del azúcar.

Dicen que los venecianos proporcionaron buena parte de las recetas —y hasta del vocabulario— a la cocina tradicional francesa. Y que sus marinados —*savori* o *saori*— dieron lugar a la palabra *sauce*, y sus *civeri* fueron convertidos por los franceses en *civet*. El hecho cierto es que Venecia vivía en el ojo del huracán del mundo occidental y que ese ojo del huracán tuvo que reflejarse también en su cocina.

Si se leen algunos textos del quinientos que nos hablan de las despensas y banquetes venecianos, descubriremos que sobre los manteles de la opulenta república marítima se desplegaba el mayor catálogo de productos alimenticios de la época, un catálogo que incluía todas las regiones de Italia y buena parte de las del mundo: carnes y embutidos, caza, peces, verduras, pastas, frutos, quesos y dulces, a los que contrapunteaban los vinos de terra ferma y el Véneto, pero también los resóllos, las malvasías y los vinos de Chipre y Candia.

Goldoni ha reflejado algunos de estos banquetes en su obra y también podemos contemplarlos, aún llenos de vida y es-

plendor, en las cenas que pintaron Veronese, Tintoretto o Bassano. También los escritores gastronómicos nos hablan de esa época. Y los libros de Bartolomeo Scappi (*L'arte del cucinare*) o de Domenico Romoli, Panunto (*La singolar dottrina*), nos apasionan por la complejidad de sus recetas y por el esmerado servicio de mesa que reflejan.

Abierta a todos los vientos, la república veneta se empapó de sabores exóticos, pero también de las modas de Francia, Milán o Alemania, y hasta aparece en sus viejos recetarios lo que aquí acostumbramos a llamar crema catalana. En Venecia convivían gentes de todas las naciones y la ciudad estaba abierta a todas las influencias, así que no resulta extraño que los *gushes* tengan su espacio en esta cocina, o enterarnos que los *gnocchi* también tienen un origen alemán, como tampoco puede sorprendernos el peso del arroz en esta tierra pantanosa, o de la cocina hebrea en una ciudad que contaba con un ghetto poderoso, o que el bacalao esté presente todavía en los platos que se sirven en casas particulares y tabernas.

En esta misma dirección, tampoco estará de más recordar en este apartado que el café como infusión, como establecimiento público y como institución social le debe mucho a esta ciudad acuática y frágil, que al margen de todo este *maremágnum* de corrientes culinarias, ha mantenido en el mejor rincón de sí misma su rostro primitivo, pobre y provinciano, del mismo modo que los hombres guardan detrás del éxito la nostalgia de la infancia. Así guarda Venecia sus *pasta e fagioli* y sus *zuppe* de *pesce* como una especie de autohomenaje.